



No glorifiquemos a Jimmy Carter

CHRIS HEDGES :: 05/01/2025

No ocultemos su tenaz servicio al imperio, su traición a los palestinos, sus nefastas políticas neoliberales y su servilismo a las grandes empresas cuando era presidente

Jimmy Carter tuvo el valor de denunciar la "abominable opresión y persecución" y la "estricta segregación" del pueblo palestino en Cisjordania y Gaza (una vez fuera de su cargo de presidente, claro) en su libro de 2006 "Palestina: Paz, no apartheid".

Dedicó su tiempo a supervisar elecciones, entre ellas hizo una polémica (para los políticos y medios occidentales) defensa de la elección de Hugo Chávez en Venezuela en 2006, y a defender los DDHH por todo el planeta. Arremetió contra el proceso político estadounidense, calificándolo de ser una "oligarquía" en la que el "soborno político ilimitado" crea "una subversión completa de nuestro sistema político como pago a los grandes contribuyentes".

Pero los años de Carter como expresidente no deben ocultar su tenaz servicio al imperio, su afición a fomentar desastrosas guerras por delegación, su traición a los palestinos, su adopción de nefastas políticas neoliberales y su servilismo a las grandes empresas cuando era presidente.

Carter desempeñó un significativo papel en el desmantelamiento de las leyes del *New Deal* con la desregulación de las grandes industrias, incluyendo las aerolíneas, la banca, el transporte por carretera, las telecomunicaciones, el gas natural y los ferrocarriles. Puso a Paul Volcker a cargo de la Reserva Federal, quien, en un intento por combatir la inflación, subió las tasas de interés y llevó a EEUU a la mayor recesión desde la Gran Depresión, lo que dio inicio a un periodo de austeridad y rigurosos recortes. Carter es el padrino del expolio conocido como neoliberalismo -una doctrina que siempre se adjudica erróneamente a su sucesor Ronald Reagan- y que su compañero, el demócrata Bill Clinton, pondría en modo turbo.

Carter cayó bajo la desastrosa influencia de su asesor de seguridad nacional, Zbigniew Brzezinski, un polaco exiliado que objetaba la confianza de Nixon y Kissinger en la distensión con la Unión Soviética. La misión vital de Brzezinski, que veía el mundo en blanco y negro, era enfrentarse a la Unión Soviética y destruirla, al igual que a cualquier gobierno o movimiento que considerara bajo influencia comunista o simpatizante de ésta.

Bajo la influencia de Brzezinski, Carter abandonó las Conversaciones sobre Limitación de Armas Estratégicas (Acuerdo SALT II) con la Unión Soviética, que pretendía frenar el despliegue de armas nucleares. Aumentó el gasto militar. Envío ayuda militar a la dictadura indonesia del Nuevo Orden durante la invasión y ocupación indonesia de Timor Oriental, que muchos han calificado de genocidio. Apoyó, junto con el régimen sudafricano del apartheid, al sanguinario grupo contrarrevolucionario Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA), dirigido por Jonas Savimbi. Proporcionó ayuda al brutal dictador zaireño Mobutu Sese Seko. Apoyó al brutal dictador filipino Ferdinand

Marcos.

Dio instrucciones a la CIA para apoyar a los grupos y partidos políticos opositores que intentaban derribar al gobierno sandinista de Nicaragua cuando tomó el poder en 1979, lo que posteriormente, con la Administración Reagan, dio lugar a la formación de los Contras y a una contrainsurgencia sangrienta e insensata respaldada por EEUU. Proporcionó ayuda militar ininterrumpida a la dictadura de El Salvador, ignorando el llamamiento del arzobispo Oscar Romero -asesinado posteriormente- a interrumpir los envíos de armas.

Envenenó las relaciones de EEUU con Irán al dar respaldo al régimen represivo del Shah Mohammad Reza Palaví hasta el último minuto y permitir luego, una vez depuesto, que buscara tratamiento médico en Nueva York, lo que desencadenó la ocupación de la embajada estadounidense en Teherán y la "crisis de los rehenes", que se prolongó durante 444 días. La beligerancia de Carter -que congeló los activos iraníes, dejó de importar su petróleo y expulsó a 183 diplomáticos iraníes de EEUU- contribuyó a la demonización de EEUU por parte del ayatolá Jomeini (que hacía tiempo practicaban las masas árabes) y a sus llamamientos a un gobierno islámico. Aprobó una operación secreta de la CIA y los marines para invadir Irán y rescatar a los rehenes que terminó en un fracaso épico. Helicópteros derribados por una tormenta de arena, aviones que chocaban entre sí, otros que se quedaban sin gasolina, soldados muertos y heridos abandonados en el desierto...

Carter concedió al presidente filipino Ferdinand Marcos miles de millones en asistencia militar, a pesar de que gobernaba bajo la ley marcial. Armó a los muyahidines en Afganistán tras la intervención soviética en 1979 -para apoyar al gobierno progresista que fomentaba estudios universitarios de las mujeres entre otras medidas socialistas-, una decisión que costó a EEUU 3.000 millones de dólares, supuso la muerte de un millón y medio de afganos y dio lugar al nacimiento de los talibanes y de Al Qaeda. Las consecuencias de esta política exterior de Carter han sido catastróficas.

Asimismo, apoyó al ejército surcoreano en 1980 cuando sitió la ciudad de Gwangju, donde los manifestantes en un alzamiento popular contra la dictadura de Chun Doo-hwan habían formado una milicia, lo que provocó la masacre de unos 2.000 civiles.

Por último, traicionó a los palestinos cuando en 1979 negoció un tratado de paz entre el presidente egipcio Anwar el-Sadat y el primer ministro del régimen israelí Menájem Begín, conocido como los Acuerdos de Camp David. Dicho acuerdo excluía de las conversaciones a la Organización para la Liberación de Palestina. A pesar de lo prometido a Carter, Israel nunca intentó resolver la cuestión palestina con la participación de Jordania y Egipto. No permitió el autogobierno palestino en Cisjordania y Gaza en un plazo de cinco años. No puso fin a los asentamientos israelíes, una negativa que llevó a Carter a afirmar más tarde que Begín le había mentado. Pero como el acuerdo no incluía ningún mecanismo para su aplicación, y como Carter no estaba dispuesto a desafiar al lobby israelí para imponer sanciones a Israel, los palestinos se encontraron, una vez más, impotentes y abandonados.

En su haber, Carter tiene haber nombrado a la activista por los derechos civiles Patricia Derian como Subsecretaria de Estado para DDHH y Asuntos Humanitarios, lo que condujo al bloqueo de préstamos y a la reducción de la ayuda a la junta militar en Argentina durante la Guerra Sucia, restricciones que Reagan eliminó. El compromiso de Derian con los DDHH

era auténtico. Apoyó al líder filipino Benigno S. Aquino Jr. y al disidente y ex presidente surcoreano Kim Dae-jung. Carter le permitió enfadar a algunos de nuestros aliados más represivos. Pero su política de DDHH, con pinceladas de apoyo al tercer mundo, estaba destinada principalmente a respaldar a los disidentes prooccidentales y a los sindicatos financiados por la CIA y el Vaticano de Europa Central y Oriental, especialmente Polonia, en un esfuerzo por debilitar a la Unión Soviética.

Carter tenía una decencia de la que carecen la mayoría de los políticos, pero da la impresión de que las cruzadas morales que emprendió una vez fuera de la presidencia fueran una forma de penitencia. Su historial como presidente es sangriento y funesto, aunque no tan sangriento y funesto como el de los presidentes que le sucedieron. Eso es lo mejor que podemos decir de él.

chrishedges.substack.com. Traducido para Rebelión por Paco Muñoz de Bustillo. Editado por La Haine.

<https://www.lahaine.org/mundo.php/no-glorifiquemos-a-jimmy-carter>